

LA

MA

DE

JAR

KARL VISSERY

UNA NOVELA DE

LA MADEJA

KARL VISSERY

LA MADEJA

KARL VISSERY

A la criatura que habita en mis pesadillas.

BIOGRAFIA

Karl Vissery nació en los años ochenta. Se educó con las películas de George Romero y Peter Jackson. A los catorce años pesaba ciento quince kilos y tenía una colección de más de cincuenta VHS de cine gore y otras tantas de cine porno.

A día de hoy vive en una ciudad poco poblada, donde su extrema obesidad no pasa desapercibida. Consume varios litros de whisky al día y sabe que morirá joven. Pero no le importa.

Aunque es hombre de ciencia, en un cajón del escritorio en el que escribe sus novelas guarda un machete, un cartucho de dinamita y un revólver del 44, por si acaso.

Adora la música de Black Sabbath, cuando escribe se pone un sombrero como el del líder de Motörhead y en la ducha canta temas de Rammstein, pero aun así es un buen tipo. Ha escrito muchos libros y ha publicado alguno de ellos. Todo el dinero que gana lo invierte en comprar una casita en las montañas, alejada de cualquier núcleo de población importante, por si acaso.

Duerme pocas horas al día y siempre lo hace con un ojo abierto, por si acaso.

Sus críticos dicen que, a pesar de ser un buen escritor, sus obras son demasiado oscuras, sangrientas y directas.

Y tienen razón..

PRIMERA PARTE

LUNA LLENA

1

Amanece.

La luz violeta entra por las rendijas de una de las celosías del pasillo y golpea la máscara. La máscara es negra, de metal pulido. Se cierra atrás con dos cintas de cuero y un broche brillante. La lleva siempre puesta para que las flores, sus flores, no se asusten cuando entra en el jardín. Y es que cuando una flor se asusta puede marchitarse y tiene que deshacerse de ella. Eso es lo más molesto.

Y lo más sucio.

Ha entrado en completo silencio y ha cerrado la puerta con cuidado, para no despertarlas. Se detiene frente a ellas y suspira con satisfacción. La belleza de su jardín es inimaginable. No puede ser de otra manera cuando ha puesto tanto esmero.

Todas las flores son hermosísimas: Azucena es amarillenta y delicada; Jazmín es pálida, pequeña y fragante; Rosa luce unos hermosos arreboles anaranjados; Y Violeta, su preferida, es la más oscura de las cuatro. También es la más revoltosa y la que peor genio tiene; no por nada la llama mi "plantita carnívora". Tan juguetona y traicionera es que tuvo que arrancarle los dientes para que no mordiese. Pero aun así la quiere como al resto de las flores.

Sus flores. Sus pequeñas y bellas flores.

2

El patio huele a mierda de perro y a orina de gato. Tres pisos más abajo hay una bicicleta desarmada y oxidada, un par de jergones, botellas vacías, compresas ensangrentadas, jeringuillas y condones usados. Muchos de esos condones son del Nano, que acaba de ponerse de pie.

–La tienes soralé –le dice ella.

El muchacho se la toca por encima de los calzoncillos:

–¿Quieres follar?

Elena niega con la cabeza y lo mira con desprecio. Se incorpora y las tetas le bailan como flanes.

Como flanes inmensos coronados por dos cerezas pálidas:

–Quiero mol y una fila.

El Nano sonrío de medio lado. Su sonrisa posee un punto macabro y desagradable. Tiene veinte años, es alto, delgado y guapo.

–Venga, un polvo y te doy lo que quieras.

–¡Rebucha! –Exclama Elena mientras se toca la entrepierna– ¡Me duele ahí! ¡Me trajinas como un animal!

Su sexo sonrosa como una frambuesa madura. Al ver el miembro duro bajo los calzones del Nano se ha puesto cachonda. Pero tiene mono y antes de hacerlo quiere meterse. Y además le jode que la trate como a una yegua, le jode mucho.

–Me la puedes chupar –dice el Nano mientras vuelve a mirar por la ventana. La vecina de enfrente (cuya ventana está tan cerca que a veces piensa que podría saltar apoyándose en el alféizar) está en la cocina. No la puede ver a través de la cortina, pero la escucha, la huele y la intuye.

La intuye como el lobo intuye al conejo.

–No me gusta que te me vengas en la muí –mira a su chico y entrecierra los ojos–. ¿Tienes o no?

Como la serpiente intuye al ratón.

–Depende...

Como la araña intuye a la mosca.

–¡Venga, Nano! Seguro que tienes medio gramo por ahí.

Como el escorpión intuye al ciempiés.

–Tengo un cacharro de coca –dice mientras se gira hacia la cama– y un par de gramos de speed.

Pero la falopa es para mí.

–Dame speed, con eso me conformo.

Sus ojos son verdes. Verde pino. Aunque le faltan un par de dientes (uno lo perdió al caerse de la cama totalmente colocada y otro de un guantazo que le dio el Nano) y tiene la nariz demasiado grande, Elena es guapa. Y atractiva.

–Y yo me conformo con una mamada.

El Nano se baja los calzoncillos y se separa las pelotas pegadas a los muslos por el sudor. Es un verano especialmen-

te caluroso. En los pisos con diminutos patios interiores de los barrios pobres los veranos calurosos son infernales.

–¡Payo malo! ¡No soy puta! ¡No voy a jarmarte el quilé por un gramo de speed! –Grita mientras le arroja el cenicero. Él lo esquiva y golpea contra la pared. La pintura de la pared está desconchada y amarilla. También salpicada de cerveza, mocos y semen. A veces, muchas veces, se masturba espiando a la vecina.

El Nano sonrío y piensa “ya veremos lo que opinas dentro de una hora”. La gitana lo enfada, pero le gusta, tiene algo que lo atrae poderosamente.

–Voy al baño –dice mientras se sube los calzones–, me estoy cagando. Y prepárate, gitana, porque cuando salga me la vas a chupar.

3

—Ponme otra —dice Lichi levantando el botellín vacío.

El camarero le pone otra cerveza. Una cerveza cara, no esa asquerosa meada de burro que tomaba antes. Ahora tiene los bolsillos llenos de pasta. La pasta de Los Córdoba. “Buena gente” piensa el ex policía mientras bebe. Sí, buena gente que le ha adelantado seis de los grandes por investigar la muerte de Corsa, la hija mayor de la familia. En realidad lo ha contratado Gloria, la hermana pequeña, la única que parece sospechar de la versión oficial.

Versión oficial, por otro lado, que es la que compró Luis Córdoba, padre de Corsa y el jefe y señor de la familia. Los Córdoba tienen en su nómina a políticos, policías, jueces, abogados y periodistas. Así, cuando Corsa Córdoba apareció muerta en la piscina de su casa, el juez, el forense y la prensa dijo lo que Luis Córdoba quiso que dijeran, ni más ni menos.

El lema de la familia es “la sangre es lo primero”. Nadie sabe con exactitud qué significa dicha afirmación. Unos piensan que se trata de un honorable pacto que les dicta actuar siempre en pos de su apellido. Otros, los más, afirman que “la sangre es lo primero” es, ante todo, una amenaza.

Gloria Córdoba, la más pequeña de las tres hermanas (dos, si se tiene en cuenta que Corsa ha muerto), está convencida de que su hermana mayor ha sido asesinada, y por eso ha contratado a Lichi:

—No quieren que la policía investigue —le dijo—. Papá ha gastado mucho dinero en tapar todo este asunto.

Gloria estaba sentada en un sofá de piel más valioso que todas las pertenencias de Lichi. El resto de la casa deslumbró al inspector tanto como un anillo de oro deslumbra a un cuervo. En la puerta dos guardaespaldas le cachearon hasta sentirse violado y pensó que si hubiera sido gay se le habría puesto dura. Alrededor de la mansión había torres con cámaras y detectores de movimiento.

—Mi viejo solía decir que —respondió Lichi— “hace falta mucho serrín para tapar la cagada de un caballo”.

—Disculpe, señora —interrumpió el tipo estirado que lo había contratado, un abogado alemán que lleva trabajando para ella más de quince años—, el inspector no es un hombre demasiado cuidadoso...

¿No es así?

Gloria agitó la mano con desgana:

—No se preocupe, señor Han, no lo he contratado para aprender modales —lo miró con gesto de interrogación—: Por cierto, inspector, ¿por qué lo echaron del cuerpo?

—Es una larga historia. Además, me paga por descubrir qué ha ocurrido con su hermana, no para responder preguntas de mi vida privada.

Gloria sonrió, asintió y se sirvió una copa. La pequeña de la familia, de veintiocho años, llevaba un vestido verde claro que dejaba sus piernas levemente descubiertas. Unas piernas largas y morenas. De mirada dulce e inquieta, mofletes sonrosados y sonrisa amplia, a Lichi le pareció una mujer atractiva. No guapa, pero sí sexy.

—¿Quiere beber algo?

–Whisky, si no le importa.

La mujer agitó una campanilla y momentos después apareció una chiquita morena vestida de negro y blanco. Una chiquita con cofia, los ojos grandes y negros y un trasero exagerado. Era María, una mucha sudamericana al servicio de Los Córdoba.

–María, tráele al caballero un whisky con hielo –miró al inspector y le preguntó: – ¿Doble?

–Mejor triple.

–Ya has oído, niña, un whisky bien cargado para nuestro invitado.

– “Invitado”... “Caballero”... Al final va a hacer que me ruborice...

El rostro de Lichi se torció en una mueca burlona que, irónicamente, embelleció sus facciones.

Gloria rió (una risa clara y cristalina, casi inocente) y coqueteó acariciándose las piernas con suavidad.

Y es que aquel hombre que tenía delante le resultaba inexplicablemente guapo, a pesar de sus facciones duras, de sus gestos indolentes y de la vileza de todas sus sonrisas, pensó que tenía “algo”.

Gloria acarició el borde de su copa como si la quisiera hacer sonar:

–Me gusta tratar bien a las personas que trabajan para mí, eso es todo.

–Hace bien. Aunque nunca se olvide de que sólo traiciona aquel en el que se confía... En fin,

¿Qué sucedió con su hermana?

Gloria tragó saliva. Dio un buen trago a su combinado y se secó los labios con la mano. “Un gesto nada propio de una dama de su categoría” pensó Lichi.

—Se supone que murió de sobredosis de heroína. La encontró Rob, su novio... Bueno, en realidad no eran novios, de vez en cuando quedaban para pasar un buen rato juntos— “para follar” estuvo tentado de decir el inspector—. La cuestión es que cuando Rob llegó a casa de mi hermana la encontró ahogada en la piscina.

—Se metió demasiado, tropezó y cayó al agua.

Gloria volvió a tragar saliva. La criada entró con un vaso lleno de whisky con hielo y lo puso sobre la mesa. Una mesa de cristal con patas doradas.

—Esa es la versión Córdoba, pero yo no me la creo.

Lichi asintió impasible, le dio un largo trago al whisky y se puso de pie. Gloria lo miró y le pareció atractivo: un metro ochenta y cinco, denso pelo castaño y unos ojos claros y grandes. Ojos astutos e inteligentes:

—Es posible que la matara ese tal Rob.

—No lo creo, mi hermana hablaba maravillas de él...

—Maravillas de su polla, supongo, porque Rob era su “profesional” —interrumpió el inspector.

—¿Cómo dice?! —Exclamó molesta.

—Me ha oído perfectamente —apuró el whisky y sintió un delicioso calor descendiendo por su garganta—. Su hermana pagaba por metérselo entre las piernas, así de sencillo.

Gloria suspiró y asintió:

–Sí, era su amante...

–Su puto –afirmó tajante.

Ella estuvo a punto de replicar, pero guardó silencio. Al fin y al cabo el inspector tenía razón:

–Si quiere llamarlo así, de acuerdo –dijo después de carraspear.

–Cada cosa tiene su nombre, señora –Lichi se acercó hasta un ostentoso piano de pared y se apoyó en la tapa. Sus ojos se clavaron en los de Gloria—. Si quiere que trabaje para usted, tendrá que contarme toda la verdad. No me importa si Rob quería a su hermana o simplemente se lo hacía por pasta, pero tengo que saber qué tipo de hombre es y qué beneficios podría haber obtenido con su muerte.

–¿Beneficios? No se me ocurre ninguno. Todo lo contrario, al fallecer mi hermana, Rob ha perdido a una de sus mejores clientas.

–¿Cuántos años tiene Rob?

–Menos de treinta, tal vez veintiocho o veintinueve.

–Entonces no le faltará trabajo –dijo Lichi. Echó una ojeada por el salón en completo silencio y volvió a sentarse frente a Gloria. El estirado lo miró ceñudo. – Hay montones de mujeres a las que no les importa pagar uno de los grandes por tener un buen semental en la cama.

La pequeña de Los Córdoba lo miró con suspicacia:

–Parece que usted lo sabe bien.

—A la hora de investigar un caso, querida, un buen inspector ha de saber fingir toda clase de personajes. Por así decirlo, hay que meterse en muchos papeles.

—Y también en muchas camas.

Lichi la miró con esos ojos suyos de zorro y dejó salir una carcajada.

—Por eso le he contratado —continuó Gloria—, tengo oído que usted es todo un profesional. Si no me equivoco, el señor Han ya le ha contratado alguna otra vez.

—Asuntos menores —dijo Lichi—. Todavía no había tenido el gusto de conocerla personalmente.

Gloria descruzó las piernas, apoyó el vaso sobre la mesa y volvió a cruzarlas lentamente. La raja de su vestido dejó al descubierto la piel de un muslo tostado por el sol del color de una delgada tela de miel:

— “El gusto”... Vaya, también sabe fingir el papel de caballero... En fin, si descubre quién ha matado a mi hermana le pagaré bien, muy bien.

—¿Por qué creen que la han matado?

—No lo creo, lo sé.

—Lo sabe, perfecto... ¿Intuición femenina?

—Puede que se trate de eso. Verá, aunque llevaba mucho tiempo sin ver a mi hermana, la conocía bien y estoy convencida de que es imposible que haya muerto de sobredosis.

—Corsa era una mujer sana.